

**CUENTO N° 41**

**TITULO: PROCESOS VITALES. UNA REFLEXION...**

**SEUDONIMO: JOSEFA**

**AUTORA: SILVIA GABRIEL NEIRA LERMANA**

## PROCESOS VITALES

### UNA REFLEXIÓN NECESARIA

La vejez es una condena

Sin derecho a apelación.

M. Mastroianni

Despertó inquieta. Los sueños eran confusos, difíciles de entender. Se levantó. Fue hasta la ventana y miró al exterior. El día era gris, oscuro, insondable, «como mi espíritu», se dijo. Pesadamente se dirigió a la cocina.

Desde hacía un tiempo todo le pesaba: el cuerpo, el desplazarse, hacer los deberes de casa, el entorno, todo, hasta pensar. Sí, pensaba y se agotaba, nada solucionaba, «¿qué diablos me pasa?», se preguntó casi arrastrando los pies.

Una tarde, fría y oscura, se sentó en el living de su casa a repasar su vida. No supo para qué y por qué. Presentía que no tendría ningún resultado, pero también supuso que le ayudaría a solucionar este estado de marasmo en que se encontraba. Estuvo allí hasta la medianoche, el frío y el sueño la obligaron a irse a dormir. Las imágenes que la acompañaron le impidieron descansar, porque despertaba dando saltos en su lecho de mujer sola.

Al día siguiente, empezó su “repasso” desde joven. Le ayudaron unas fotos que una lejana amiga le envió por internet. Las observó incrédula. Ahí estaba feliz riendo, brindando, caminando como si nada, con el mundo a sus pies. ¿Qué edad tendría, tal vez 40 años? Una bicoca, diría mi madrina Carmelita, se dijo. No

recordaba alguna dolencia de cuidado. Sí tenía una, 'la colita' siempre le dolía, sola se aliviaba, pero no sanaba (al parecer producto de una caída cuando niña). Venía y desaparecía sin impedirle sus actividades juveniles.

La juventud es una edad maravillosa. No se aprecia en su real dimensión hasta que se pierde. Esa natural despreocupación, gozando el momento, "carpe diem", como decía el poeta, sin preocuparse del futuro, con proyectos concretos realizados sin premura, sin obstáculos. Y lo mejor de todo con salud, ese estado tan placentero que nada te duele, que nada te indigesta aunque ingieras lo que sea, "sapos y culebras", como se dice popularmente. "Juventud, divino tesoro", reza una famosa frase. Pareciera un cliché que se repite automáticamente, casi sin un significado real. No obstante, sí es un tesoro tan real que si cada ser humano lo pudiera atesorar, lo haría como un avaro.

Sin embargo, el paso del tiempo es inexorable y los años pasan. Esa época maravillosa se va alejando lentamente y queda solo en los recuerdos (cada vez más difusos) y en la fotografías. Se pasa a la edad llamada del adulto joven y aún tenemos esperanzas. ¿De qué? De seguir sintiéndonos bien, de tener proyectos exitosos y seguir disfrutando de la vida con todo el entusiasmo de la juventud que aún queda. Todavía nada preocupa, nada los detiene, todo se ve en forma positiva como si todo fuera solucionable. Los hombres y mujeres de esa edad son jóvenes y se sienten más jóvenes. Aún lo son...en cierto modo.

Silvana sintió hambre. Recordó que solo había tomado desayuno. No sabía la hora. Miró por la ventana y le pareció que atardecía. Estaba en pijamas, no se había duchado. ¿Cómo era posible tanto descuido? Ella que era estricta con su

presentación personal, que le gustaba la ropa bonita, siempre bien peinada y perfumada, ahora se observaba desgredada, sin importarle nada ni nadie. Realmente su estado era deplorable. Caminó hasta la cocina y calentó una sopa del día anterior. No le gustaban las sopas, pero era lo único que tenía a mano. También debía solucionar el asunto del abastecimiento, «tal vez mañana», se dijo, sin mucha convicción. Dio por terminado el día, no seguiría relatándose su vida, esos retazos de vida que aún recordaba. Y se fue a dormir.

Al día siguiente se levantó más animosa. Afuera el sol ya calentaba el entorno. Después de desayunar y ducharse, se sentó en la terraza a reflexionar sobre su actual situación. No adelantó mucho, porque si bien la naturaleza la acompañaba con su luminosidad, su interior aún permanecía triste, desolado. Decidió salir a comprar, necesitaba hacerlo. Su despensa estaba tan vacía como ella.

En el camino se encontró con vecinas, se saludaron al pasar, ella que siempre fue una gran conversadora, pero ahora, ¿cuáles eran sus temas? Quejas, dolores, angustias, desazón, mejor era seguir de largo y permanecer callada. Recorrió el emporio y llenó el carro con todo lo que encontró en los pasillos, sin pensar si lo necesitaba y si sería capaz de preparar todos esos comestibles. Repletó la despensa de su cocina «mejor así, no tendré que volver a salir en meses», se felicitó. Antes le gustaba arreglarse y salir, donde fuera, hoy se sentía más cómoda y protegida en el interior de su hogar. No sabría decir cuándo ocurrió este cambio, pero sabía que sí había ocurrido.

Y de pronto se cumplen 60 años y empieza el descenso a la edad adulta. En términos generales, Silvana se sentía bien, no tenía quejas hasta que un día sintió

una pequeña molestia en su ojo derecho. El diagnóstico no era muy alentador: lentamente se pierde la visión total. No obstante, eso dura años, así que debía aprovechar de ocupar su precaria capacidad visual hasta que ocurriera la ceguera semi total.

Actualmente se habla de la *resiliencia*, que se refiere a la capacidad que tienen los humanos de sobreponerse a las vicisitudes que le presenta la vida y que pueden ser de diferente índole, algunas muy extremas. Silvana optó por aceptar esta condición, seguir como si nada y olvidarse del futuro que le esperaba. ¡Qué actitud tan valiente! dijeron algunos; no le quedaba otra, comentaron los más. Y continuó su vida viendo a medias.

La década siguió avanzando y se siguieron cumpliendo los años, uno tras otro hasta cumplir los 70. Y aquí ocurrió otro hecho de importancia: una dolencia autoinmune que la llenó de úlceras bucales cada vez más dolorosas, solo con tratamientos paliativos para soportar esta nueva situación.

La cavidad bucal la usamos regularmente para hablar e ingerir alimentos, cuando estamos sanos por supuesto. Pero esta dolencia te lo impide y es ahí cuando se piensa en la importancia que tiene este órgano en nuestro diario vivir. Sin embargo, debemos enfrentarla con altura de miras. Otra vez tratamientos paliativos y sigamos adelante. ¿Hasta cuándo? No lo sabemos. Estamos seguros de dos cosas: son enfermedades cuyo origen se desconoce y no tienen cura. ¿Qué tal? se preguntaba Silvana cada vez más aporreada.

En medio de estas reflexiones, una mañana que los rayos solares lo iluminaban todo, decidió aprovechar lo que había comprado y cocinar. No era buena en ello, pero sí capaz de preparar algo comestible. Su especialidad eran los postres. Durante mucho tiempo los hacía variados y exquisitos para deleite de sus invitados. En algún momento, no recuerda cuándo y por qué guardó las recetas y se olvidó del asunto. Estuvo toda la mañana en el intento y ya al mediodía tenía preparado su almuerzo: ensalada, plato de fondo y postre. Lo disfrutó sentada en su solitaria terraza, rodeada de la naturaleza que empezaba a florecer. «Ojalá ella me ayude a revivir a mí también», se lo dijo con fuerza.

La década setentera siguió avanzando y aparecieron nuevas dolencias. La más limitante fue su incipiente hipoacusia. Siempre tuvo una audición perfecta, capaz de escuchar los más leves ruidos. Así había sido hasta ahora. En el cuerpo humano todos los órganos son importantes, porque cada uno tiene una misión específica que le permite a esta máquina humana funcionar con todo su potencial. No obstante, hay órganos más importantes que otros, entre ellos los cinco sentidos, en especial la vista y el oído. La falta de visión te dificulta la lectura y la escritura, te impide ver a tu interlocutor con claridad, sus gestos, su mirada, incluso reconocerlo en la calle. La sordera, por su parte, no te permite participar en grupos, porque ya no se discrimina quién dice qué. En estas condiciones las personas están doblemente limitadas y muchas de ellas se van aislando lentamente, como una forma de evitar la frustración que te someten ambas discapacidades.

Podríamos sostener, estimado lector, que Silvana estaba a medio camino: medio ciega y medio sorda. Intentaba enfrentarlas con el menor dramatismo, pero ¡qué difícil era! especialmente que debía hacerlo sola, con poca o ninguna ayuda, con poca o ninguna comprensión. No era cuestión de culpar a nadie, sino a asumirlas, porque ella era la única que las padecía.

El tiempo se aceleraba y ya estaba a pocos años de cumplir los 80 (nunca pensó llegar tan lejos). En sus recuerdos piensa que fue la peor década, a tal punto que muchas veces pensó (y lo deseó), qué sentido tenía vivir en condiciones tan precarias de salud, con una total lucidez, solo para darse cuenta cada día que el deterioro era progresivo e irreversible.

¿Y cuándo comenzó este proceso? se preguntó una mañana observándose en el espejo. Que el cuerpo entero denote las bolsas bajo los ojos, 'las patas de gallo', los senos caídos, los brazos flácidos, la masa muscular casi ausente en muslos y piernas, las rugosas manos que evidencian su verdadera edad, no es de extrañar, porque el cuerpo envejece progresivamente y sus efectos se aprecian cada día, cada año. Eso Silvana lo sabe y lo acepta...a regañadientes (todos desean ser jóvenes por dentro y por fuera). Piensa que todo comenzó con su operación: un tumor en la suprarrenal que resultó benigno. «Ya no eres la misma después de una operación», le dijo su médico y ella estuvo de acuerdo, porque hasta ese momento era una mujer sana. Y vino la neuropatía, la alergia, la rinitis y la artrosis con sus dolores agudos e insoportables. Silvana siguió cumpliendo años. Cada noche antes de dormirse piensa, «un día menos de vida» y sonrío complacida, porque sabe que cada día se acerca más al final de su existencia.